

OTRAS RAZONES

DIÁLOGO SOBRE LA AUTODETERMINACIÓN

Javier Sádaba, prestigioso intelectual con el que me entiendo con facilidad en los modos de estar dignamente en el mundo, cree que el diálogo podría dirimir la discordia ante la autodeterminación, cuya existencia, como derecho, él afirma y yo niego. Entre amigos se puede hablar, incluso conversar, de las opuestas metas que nos atraen por sentimiento político, pero no dialogar de verdad sobre ellas, salvo que queramos y sepamos hacerlo como científicos. El diálogo es un caro costal, cuya harina sólo puede ser cribada en el cedazo de la razón—para separar los ideales, tal como deben ser, de los hechos, tal como son—con voces inequívocas y finura de oído. Un cedazo que sólo deja pasar por su malla el rigor del argumento racional, los hechos de evidencia no sujetos a opinión y las voces usadas con un mismo sentido. Y que sólo cieme cuando está conjuntamente animado por esas rarísimas personas que saben escuchar con el arte aprendido de los dioses mudos.

Si Javier Sádaba persiste en oír sus pasiones en las palabras de mis razones; si no se decide a separar los hechos de existencia y los hechos de conciencia; si no le parece útil usar las voces Autogobierno, Autodeterminación, Autonomía e Independencia en el sentido que les dió la filosofía tradicional; si prefiere creer, para su comodidad objetora, que Autogobierno, Autodeterminación e Independencia son, para mí, voces sinónimas o equivalentes; si da más valor al pensamiento actual sobre la autodeterminación individual que al debate clásico sobre la autodeterminación de los pueblos; si ve en Yugoslavia un caso de ejercicio pacífico del derecho a la autodeterminación; si recurre a la razón de autoridad, citando autores de segunda fila (Gilbert), cuando yo no cito a los de primera que basan mi vocabulario y mi discurso (Sófocles, Aristóteles, Spinoza, Rousseau, Kant, Herder, Fichte, Hegel, Marx, bundistas, Bauer, austromarxismo, Lenin); si trata a la autodeterminación como una cuestión de sentido común, y no como un derecho natural que la razón pueda rebatir, ni como la resultante de una relación de fuerzas, que la historia podría revocar; si considera que no es ideología fundar el derecho de autodeterminación en la democracia, pero que sí lo es afirmar que sólo ha sido producto de la fuerza violentamente autodeterminante o disuasoriamente heterodeterminadora; si aún cree en la ficción contractualista del Estado; si está instalado en esas creencias, tan dignas de ser repetidas, como de ser incomprensibles por mi razón y mi experiencia descolonizadora, podré conversar de lo mejor y lo peor con su sencilla agudeza, pero no entablar un diálogo de la razón (histórica) sobre la autodeterminación.

Si a pesar de esas dificultades, mi culto y distinguido colega en LA RAZÓN, considera posible convertir esta charla amistosa en verdadero diálogo filosófico,



le propongo que reservemos la voz «autonomía» para designar la libertad personal o gremial ante el poder político, y también la suficiencia económica y cultural de una comunidad regional; la de «autogobierno», para nombrar la democracia directa o asamblearia; y la «autodeterminación», para el modo de lograr uno de estos fines: la conservación del Estado; su conversión en Estado Federal o Confederal; o la Independencia estatal de una, de varias o de todas sus comunidades autonómicas. Entendiendo, pues, que el derecho de autodeterminación en España, si está basado en la democracia, supone y comprende lógicamente el derecho a la Federación de todo lo que no está separado, cosa para mí desconocida, y el derecho a la Separación de todo lo que está unido. Es decir, —puesto que son facultades y no potestades o realizaciones—, el derecho de los españoles a suprimir España de la historia futura. ¿Cosa de sentido común? Si go pensando que la autodeterminación no es cuestión de derecho, sino de fuerza.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

TECNOLOGÍA E INFANTILIZACIÓN

Me encuentro ante la pantalla del ordenador y doy la orden de imprimir. Aparece un perrito muy mono—si se permite esta metafórica hibridación de especies tan distintas—dedicado a apresar la página. Una vez capturada parece que, con insólito adiestramiento canino, la está imprimiendo. Me sitúo ante otro ordenador, dispongo cambiar de lugar unos párrafos del texto y sale ante mis ojos un sobrecito ansioso de recogerlos y llevarlos a su destino nuevo, cual fiel cartero. Me asalta la duda: ¿estoy jugando o trabajando y tratando de escribir algo serio? Naturalmente que no son cosas incompatibles, ya Eugenio D'Ors o Xenius, escribí sobre «el hombre que trabaja y juega». Pero yo no me siento como un «homo ludens», sino como mero «puer ludens». Como parvulillo en un jardín de infancia anterior a la alfabetización. Me encuentro tan sumergido en este mundo que dejo de escribir y me pongo a hacer toscos dibujos de perritos, burritos, sobres y casitas.

Casitas: no hace mucho se repetía en la televisión un peregrino anuncio. Una señora joven y atractiva, a quien, según se decía, familiares y amigos buscaban desesperadamente



y no había manera de localizar, nos explicaba las razones de su desaparición. Estaba entusiasmada con la casa que acababa de adquirir y dedicaba totalmente a ella. Pero semejante nuevo hogar, no era un espacio que habitar... era una casita de muñecas, con la cual jugaba encandilada todo el día.

Subimos a un avión y nos atan, como niños en una sillita de bebé, nos dan unos caramelos. Luego, como se entiende que no somos capaces de conversar, pensar, leer, para que no nos pongamos a llorar y dar la lata, nos proyectan una película, generalmente horrrorosa, tal como hacen los padres cuando quieren que sus hijos les dejen en paz y los sientan ante el televisor. En el tren o el autobús no hace falta que nos atemos, —aunque ello sería muy prudente dado el estado de nuestras carreteras y nuestras vías— pero, en todo caso, no nos librarnos de la película de maras. Hay que entretener a la infancia para que no moleste.

En el tiempo de los fascismos asistimos a la exaltación de la juventud. Algunos proyectos de las JONS proclamaban que no deberían ocupar cargos de responsabilidad política los mayores de veinticinco años. El vigor de una juventud musculosa e intrépida, como Aquiles, debía crear el nuevo mundo sobre el hundimiento del viejo. Después vino la figura del ejecutivo agresivo, joven —paradójicamente, milagrosamente— además, con experiencia. Ahora entramos en el reinado de la infantilización. Y ello es muy coherente con el espíritu y la tecnología de esta época. Con el «pensamiento único» que nos prohíbe pensar personalmente, nos libra de tan pesada carga y con la tecnología que ha transferido la inteligencia a los misiles y los ordenadores. Miquel y Ménard en un interesante libro sobre la técnica han descrito la figura del hombre actual como un ser sentado ante una pantalla, pulsando las teclas que la controlan. Yo diría que ya no es un hombre ni una mujer sino un niño. Dócil, contento, extasiado ante las imágenes que se les sirven. No es el «robor alegre» de que hablaba Mills, ni el corderillo de una civilización aborregada —al cual siguiendo a Unamuno— me he referido muchas veces: es un infante.

Y, entonces no son de extrañar algunos inquietantes fenómenos que crecientemente se están revelando. Varios profesores y profesoras de Bachillerato me relatan la incapacidad de sus alumnos para mantener la atención a un discurso oral más allá de diez minutos. La necesidad de cambiar constantemente de tema y ocupación que alimenta la actividad de sus discípulos. Y, en un terreno más general, se podría recordar la crítica que el creador de la cibernética Wiener, hacía del ciudadano cada vez más floreciente en nuestra época, que, ajeno al sentido de responsabilidad personal, la transfiere a los poderes de los expertos, o a la máquina que debe tomar decisiones por él. Crece una singular tecnología, diestramente programada y manipulada por el poder, y a su compás se enana la estatura intelectual y moral de los seres humanos. Un mundo al cual Gulliver no llegó a viajar.

Carlos PARIS

EL ESCENARIO

Agentes antiterroristas que trabajan en aquellas entrañables tierras españolas del País Vasco han llamado a Juan Bravo para comentarle, con preocupación, el escenario —¡cómo ha conseguido el ministro Mayor Oreja popularizar esta palabra!— que se presenta tras las elecciones del 13 de junio.

ETA y los suyos tienen ya diseñados los planes —como siempre existen documentos escritos— que van a poner en marcha para potenciar la Asamblea de Municipios Vascos que algunos, con mejor voluntad que acierto, quieren dar por liquidada antes de que empiece a funcionar en serio. «Es un ente fantasmagórico», dicen. Sin embargo, los agentes que están sobre el terreno avisan que la cosa va en serio, que

existen pactos secretos entre ETA y el PNV, y que esos compromisos van a tener que ser cumplidos «porque los de la pistola no son de los que aguantan bromas con estas cosas ya que les va mucho en el empeño».

De lo que no existe duda es de que los más beneficiados de esos pactos entre separatistas van a ser los de ETA y los suyos que acarician un resultado electoral bastante importante. Ya han dado un aviso a PNV y EA de que sólo presenten candidaturas conjuntas allí donde puedan hacer daño a los partidos españolistas. «Y ante todo esto, el Gobierno y el primer partido de la oposición ¡tienen diseñada una estrategia! ¡Ójala!», exclaman.

Juan BRAVO

